

Dos poemas

Naty Blásquez

Night raga

Entre las cuatro líneas del vacío en el que habito
crece el abismo
y cae la sal de mis ojos
y se ensanchan las grietas de mi única voz.

Y afuera cantan los diminutos dioses
de patas largas y colores incoherentes... tocan quién sabe qué instrumento
para confundir los susurros ensordecadores
de las almas a medio vivir.

Muerde la noche con sus dientes de luna las penas agrias de los que lloran
y medio sollozan y medio mueren.

Muerde, ya no besa con sus labios de estrellas,

ni susurra con su aliento de niebla.
Se cuele la noche por la ventana de cristal roto
y rompe las cuatro líneas de mi abismo.

Lord Ganesh

Se cuele la mañana por las rendijas de tela
y besa la luz la ceguera del cuerpo: lentamente recorre mi geografía,
un paso... otro,
y la luz atraviesa la carne.

Las pestañas besan la sábana y la sábana le estorba a la desnudez.
“Gracias”, le digo a Jesús crucificado, a Jesucristo en un cuadro, a Jesucristo no sé
dónde...

Y me mira el dios hindú: sentado en su cama de papel con sus cuatro brazos
señalando las cuatro direcciones de mi prisión, con su rostro de elefante sonriéndole
a mis ojeras, con el peso de su inexistencia tarareando ragas en el borde de mi
oreja.

Y la luz atraviesa la carne.

¿será esta mi última vida?

Me canso de esta posición, la misma desde hace meses: la espalda desnuda contra la pared, la columna en “u” y las rodillas tocando mi pecho.

La mitad de la cara hundida en el colchón las lágrimas ahogadas en el colchón
los gritos sepultados en el colchón... mis ganas
de todo clavadas
en la monotonía del colchón.

Y el brazo izquierdo ya no siente el peso de mis ideas, los nudos de mi cabello, ni le duele la marca del arete.

Y mi brazo izquierdo se olvida del derecho, y se siente único y es egoísta porque no consuela a mi cuerpo que tiritita.

Atrapan los dedos partículas que se deslizan por las dunas dactilares...

la punta del índice señala la guitarra sin cuerda,

al libro sin pasta la planta seca

el vaso sin agua

la bota perdida

se pierde

se pierden mis ojos en quién sabe dónde, y duermen abiertos:

abiertos mis ojos, mis labios abiertos, y suspiro con toda la fuerza que cabe en mi cuerpo arqueado.

Que no me entierren en esta posición.

Hace falta abrir los ojos una mañana y poner la cabeza sobre el brazo izquierdo, perder la mirada en la recámara y apelar a los recuerdos.

Si hoy muriera

con el sol bordeando los límites del pudor Si hoy muriera la carne moriría insatisfecha.